

LA ESTRELLA BALEAR.

Periódico compilador de lo mas selecto que publican los de España y del extranjero sobre ciencias, literatura y artes.

Este periódico sale todos los domingos. — Precio de suscripcion 4 rs. al mes verificándola por el término de un año, 4 ½ rs. si se limita al de seis meses, y 5 rs. cuando sea por menos tiempo. — Al fin de cada trimestre se verificará un sorteo entre cada cincuenta suscriptores que lo hayan sido durante el mismo y el agraciado podrá escoger las obras que guste, hasta el valor de 50 REALES de la librería de Rullan, hermanos, editores, donde se admiten suscripciones.

EL ABENCERRAJE.

Novela histórica española.

ESCRITA

por Antonio de Villegas.

(Conclusion.)

Pues yendo por su camino adelante hablando de diversas cosas, toparon un hombre viejo: la dama le preguntó donde iba: él la dijo, voy á Alora á negocios que tengo con el Alcaide de ella, que es el mas honrado y virtuoso caballero que yo jamás ví. Jarifa se holgó mucho de oír esto; pareciéndole que pues todos hallaban tanta virtud en este caballero, que tambien la hallarian ellos, que tan necesitados estaban della. Y volviendo al caminante, le dijo: decid, hermano, ¿sabeis vos de ese caballero alguna cosa que haya hecho notable? Muchas sé, dijo él, mas contaros hé una por donde entenderéis todas las demas. Este caballero fué primero alcaide de Antequera, y allí anduvo mucho tiempo enamorado de una dama muy hermosa, en cuyo servicio hizo mil gentilezas, que son largas de contar, y aunque ella conocia el valor de este caballero, amaba á su marido tanto, que hacia poco caso de él. Aconteció así, que un dia de verano acabando de comer, ella y su marido se bajaron á una huerta que tenian dentro de casa; y él llevaba un gavilan en la mano, y lanzándole á unos pájaros, ellos huyeron, y fuéronse á acoger á una zarza; y el gavilan como astuto, tirando el cuerpo á fuera, metió la mano y sacó y mató muchos dellos. El caballero le cebó y volvió á la dama, y la dijo: ¿que os parece, señora, de la astucia con que el gavilan encerró los pájaros y los mató? Pues hagoos saber, que cuando el alcaide de Alora escaramuza con los moros, así los sigue, y así los mata. Ella fingiendo no le conocer, le preguntó quién era?

Es el mas valiente y virtuoso caballero, que yo hasta hoy ví: y comenzó hablar del muy altamente, tanto que á la dama le vino un cierto arrepentimiento, y dijo: ¿Pues cómo, los hombres están enamorados de este caballero, y que no lo esté yo de él, estándolo él de mí! Por cierto yo estaré bien disculpada de lo que por él hiciere, pues mi marido me ha informado de su derecho. Otro dia adelante se ofreció que el marido fué fuera de la ciudad, y no pudiendo la dama sufrirse en sí, envióle á llamar con una criada suya. Rodrigo de Narvaez estuvo en poco de tornarse loco de placer; aunque no dió crédito á ello, acordándose de la aspereza con que siempre le había tratado; mas con todo eso á la hora concertada, muy á recaudo, fué á ver la dama qua le estaba esperando en un lugar secreto; y allí ella echó de ver el yerro que había hecho, y la vergüenza que pasaba en requerir á aquel de quien tanto tiempo había sido requerida: Pensaba tambien en la fama que descubre to-

das las cosas: temia la inconstancia de los hombres, y la ofensa del marido; y todos estos inconvenientes, como suelen, aprovecharon para vencerla mas; y pasando por todos ellos le rescibió dulcemente y le metió en su cámara, donde pasaron muy dulces palabras; y en fin de ellas le dijo: Señor Rodrigo de Narvaez, yo soy vuestra de aqui adelante, sin que en mi poder quede cosa que no lo sea; y esto no lo agradezcais á mí; que todas vuestras pasiones y diligencias, falsas ó verdaderas os aprovecharán poco conmigo; mas agradecedlo á mi marido, que tales cosas me dijo de vos, que me han puesto en el estado que agora estoy. Trás esto le contó cuanto con su marido había pasado, y al cabo le dijo: y cierto, Señor, vos debéis á mi marido mas que él á vos. Pudieron tanto estas palabras con Rodrigo de Narvaez, que le causaron confusion y arrepentimiento del mal que hacia á quien de él decia tantos bienes; y apartándose afuera, dijo: por cierto, Señora, yo os quiero mucho, y os querré de aqui adelante; mas nunca Dios quiera que á hombre que tan aficionadamente ha hablado de mí, haga yo tan cruel daño; antes de hoy mas he de procurar la honra de vuestro marido, como la mia propia, pues en ninguna cosa le puedo pagar mejor el bien que de mí dijo: y sin aguardar mas, se volvió por donde había venido. La dama debió de quedar burlada; y cierto, señores, el caballero, á mi parecer, usó de gran virtud y valentía; pues venció su misma voluntad. El Abencerraje y su dama quedaron admirados del cuento; y alabándole mucho, él dijo, que nunca mayor virtud había visto de hombre. Ella respondió: por Dios, Señor, yo no quisiera servidor tan virtuoso; mas él debía estar poco enamorado, pues tan presto se salió á fuera; y pudo mas con él la honra del marido, que la hermosura de la muger: y sobre esto dijo otras muy graciosas palabras. Luego llegaron á la fortaleza, y llamando á la puerta, fué abierta por los guardas, que ya tenian noticia de lo pasado; y yendo un hombre corriendo á llamar al Alcaide, le dijo: Señor, en el castillo está el moro que venciste, y trae consigo una gentil dama. Al Alcaide le dió el corazon lo que podia ser, y bajó abajo. El Abencerraje tomando á su esposa de la mano, se fué á él y le dijo: Rodrigo de Narvaez, mira si te cumplo bien mi palabra, pues te prometí traer un preso, y te traigo dos, que el uno basta para vencer otros muchos: véis aqui mi señora: juzga si he padecido con justz causa; recíbenos por tuyos, que yo fio mi señora y mi honra de tí. Rodrigo de Narvaez holgó mucho de verlos, y dijo á la dama: yo no sé cual de vosotros debe mas al otro: mas yo debo mucho á los dos. Entrad y reposareis en esta vuestra casa, y tenedla de aqui adelante por tal, pues lo es su dueño. Y con esto se fueron á un aposento que les estaba aparejado; y de ahí á poco comieron, porque venian cansados del camino. Y el Alcaide preguntó al Abencerraje: ¿Señor, qué tal venís de las heridas? Paréceme, Señor, que con el camino las traigo encoadas, y con algun dolor. La hermosa Jarifa, muy alterada, dijo: ¿Qué es esto, Señor? ¿heridas teneis vos de que

yo no sepa? Señora, quien escapó de las vuestras, en poco terná otras: verdad es que de la escaramuza de la otra noche saqué dos pequeñas heridas; y el camino y no haberme curado me habrán hecho algun daño. Bien será dijo el Alcaide, que os acostéis, y verná un zurujano que hay en el castillo. Luego la hermosa Jarifa le comenzó á desnudar con grande alteracion; y viniendo el maestro y viéndole; dijo que no era nada; y con unguento que le puso le quitó el dolor; y de ahí á tres dias estuvo sano. Un dia acaesió que acabando de comer el Abencerraje; dijo estas palabras: Rodrigo de Narvaez, según eres discreto, en la manera de nuestra venida entenderás lo demas: yo tengo esperanza que este negocio que está tan dañado se ha de remediar por tus manos. Esta dueña es la hermosa Jarifa, de quien te hube dicho es mi señora y mi esposa: no quiso quedar en Coin, de miedo de haber ofendido á su padre; todavia se teme de este caso: bien sé que por tu virtud te ama el Rey, aunque eres cristiano; suplicote alcances de él que nos perdone su padre, por haber hecho esto sin que él lo supiese, pues la fortuna lo trajo por este camino. El Alcaide les dijo: consolaos, que yo os prometo de hacer en ello cuanto pudiere, y tomando tinta y papel, escribió una carta al Rey, que decia así:

Carta de Rodrigo de Narvaez, Alcaide de Alora, para el Rey de Granada.

«Muy alto y muy poderoso Rey de Granada. Rodrigo de Narvaez, Alcaide de Alora, tu servidor, beso tus reales manos; y digo así: Que el Abencerraje Abindarraez el mozo, que nació en Granada, y se crió en Cartama en poder del Alcaide de ella, se enamoró de la hermosa Jarifa, su hija: despues tú por hacer merced al Alcaide, le pasaste á Coin: los enamorados, por asegurarse, se desposaron entre sí: y llamado él por ausencia del padre, que contigo tienes, yendo á su fortaleza, yo le encontré en el camino, y en cierta escaramuza que con él tuve, en que se mostró muy valiente, le gané por mi prisionero: y contándome su caso, apiadándome de él, le hice libre por dos dias. El se fué á ver con su esposa, de suerte que en la jornada perdió la libertad y ganó el amiga. Viendo ella que el Abencerraje volvía á mi prision se vino con él; y así estan agora los dos en mi poder. Suplicote que no te ofenda el nombre de Abencerraje, que sé que este y su padre fueron sin culpa en la conjuración que contra tu real persona se hizo; y en testimonio de ello viven: Suplico á tu Real Alteza, que el remedio de estos tristes se reparta entre tí y mí: yo les perdonaré el rescate y los soltaré graciosamente: solo harás tú que el padre della los perdone y resciba en su gracia; y en esto cumplrás con tu grandeza, y harás lo que de ella siempre esperé.»

Escrita la carta, despachó un escudero con ella, que llegado ante el Rey, se la dió: el cual sabiendo cuya era se bo'gó mucho, que á este solo cristiano amaba por su virtud y buenas maneras. Y como la leyó, volvió el rostro al alcaide de Coin, que allí estaba, y llamándole aparte, le dijo: lee esta carta que es del alcaide de Alora: y leyéndola rescibió grande alteracion. El Rey le dijo: no te congojes, aunque tengas por qué; sábeta que ninguna cosa me pedirá el alcaide de Alora que yo no lo haga; y así te mando que vayas luego á Alora y te veas con él, y perdones tus hijos, y los llesves á tu casa, que en pago de este servicio, á ellos y á tí haré siempre merced. El moro lo sintió en el alma: mas viendo que no podia pasar el mandato del Rey, volvió de buen continente y dijo: que así lo haría como su Alteza lo mandaba; y luego se partió á Alora donde ya sabian del escudero todo lo que habia pasado; y fué de todos rescibido con mucho regocijo y alegría. El Abencerraje y su hija parecieron ante él con harta vergüenza, y le besaron las manos. El los rescibió muy bien, y les dijo: no se trate aqui de cosas pasadas; yo os perdono haberos casado sin mi voluntad, que en lo demas, vos hija escojistes mejor marido que yo os pudiera dar. El Alcaide todos aquellos dias les hacia muchas fiestas; y una noche acabando de cenar en un jardin, les dijo: yo tengo en tanto haber sido parte para que este negocio haya venido á tan buen estado, que ninguna cosa me pudiera hacer mas contento; y así digo, que solo la honra de haberos tenido por mis prisioneros, quiero por rescate de la prision. De hoy mas, vos señor Abindarraez, sois libre de mí para hacer de vos lo que

quisiéredes. Ellos le besaron las manos por la merced y bien que les hacia; y otro dia por la mañana partieron de la fortaleza, acompañándolos el Alcaide parte del camino. Estando ya en Coin gozando sosegada y seguramente el bien que tanto habian deseado, el padre les dijo: hijos agora que con mi voluntad sois señores de mi hacienda, es justo que mostreis el agradecimiento que á Rodrigo de Narvaez se debe, por la buena obra que os hizo: que por haber usado con vosotros de tanta gentileza no ha de perder su rescate, antes le merece muy mayor: yo os quiero dar seis mil doblas zahenes, enviádselas, y tenedle de aquí adelante por amigo, aunque las leyes sean diferentes. Abindarraez le besó las manos; y tomándolas, con cuatro muy hermosos caballos y cuatro lanzas con los hierros y cuantos de oro, y otras cuatro adargas, las envió al alcaide de Alora, y le escribió así:

Carta del Abencerraje, Abindarraez, al Alcaide de Alora.

«Si piensas Rodrigo de Narvaez, que con darme libertad en tu castillo para venirme al mio, me dejaste libre, engañaste: que cuando libertaste mi cuerpo prendiste mi corazon. Las buenas obras, prisiones son de los nobles corazones: y si tú por alcanzar honra y fama acostumbrabas hacer bien á los que podrias destruir; yo por parecer á aquellos donde vengo, y no degenerar de alta sangre de los Abencerrajes, antes cojer y meter en mis venas toda la que de ellos se vertió, estoy obligado á agradecerlo y servirlo: rescibirás en ese breve presente la voluntad de quien la envia, que es muy grande, y de mi Jarifa otra tan limpia y leal, que me contento yo de ella.»

El Alcaide tuvo en mucho la grandeza y curiosidad del presente; y rescibiendo de él los caballos, lanzas y adargas, escribió á Jarifa así:

Carta del Alcaide de Alora á la hermosa Jarifa.

«Hermosa Jarifa, no ha querido Abindarraez dejarme gozar del verdadero triunfo de su prision, que consiste en perdonar y hacer bien; y como á mí en esta tierra nunca se me ofreció empresa tan generosa, ni tan digna de capitán español, quisiera gozarla toda y labrar de ella una estatua para mi posteridad y descendencia. Los caballos y armas rescibo yo, para ayudarle á defender de sus enemigos; y si en enviarme el oro se mostró caballero generoso, en rescibirlo yo pareciera codicioso mercader. Yo os sirvo con ello en pago de la merced que me hecistes en serviros de mí en mi castillo: y tambien señora yo no acostumbro á robar damas, sino servir las y honrar las.»

Y con esto les volvió á enviar las doblas: Jarifa las rescibió y dijo: quien pensare vencer á Rodrigo de Narvaez en armas y cortesía, pensará mal.

Esta manera quedaron los unos de los otros muy satisfechos y contentos, y trabados con estrecha amistad, que les duró toda la vida. (El Siglo Pintoresco.)

DESTRUCCION

DE

Sódoma y Gomorra.

22—Entonces el Señor arrojó del cielo sobre Sódoma y Gomorra una lluvia de azufre y fuego.

25—Y undió estas Ciudades con todos sus habitantes y todo el país del contorno con los que lo habitaban, y todo lo que tenia alguna verdura en la tierra.

GENESIS.

I.

Florecian en el Oriente por su opulencia y hermosura diversas ciudades, entre las cuales descollaban Sódoma y Gomorra, cual dos magestuosas reinas seguidas de un brillante cortejo. Sucédanse en ellas estrepitosas orgias, como si el hombre hubiese sido criado para adormecerse en los afrentosos brazos del placer mundano. Allí se vivía entre el estruendo de los festines y las sonrisas del amor impuro.

Los vicios mas abominables se anidaban en el corazon de aquellos impios para torturarlo.

Por dó quier es blasfemada la imágen dei Dios de Abraham, por dó quier el asesino aguza el puñal para sepultarlo en el inocente pecho de su víctima, por dó quier el monstruo de la soberbia dirige sus insultantes miradas.

En vano los ángeles enviados del Señor, se esfuerzan en abrir los ojos de la fé á aquella multitud encenegada en el lodazal del pecado. Sus palabras llenas de dulzura se estrellan en un corazon de roca. Ni toda la divina elocuencia de los enviados del Eterno puede enderezar las torcidas sendas de los sodomitas.

Siguen en tanto en brazos de la iniquidad. La soberbia escupe al cielo en su ciego delirio. Corren desalados en pos de la efímera fantasma de la felicidad mundana; y al creerse dueños de ella, se les escapa cual humo de entre las manos. El mundo les ofrece con pérfida mano la dorada y engañosa copa de sus placeres, no vacilan en apurarla: el veneno corre ya por sus venas y la muerte amaga sus cabezas coronadas de rosas. Entonces aquellos ángeles les presentan el sagrado antídoto de la penitencia y los sodomitas le niegan la entrada en sus corazones.

Revuélcanse entretanto en el cieno del pecado. En vano pretenden acallar el grito de su conciencia que clama sin cesar en su interior llamándoles *réprobos*. Desoyen ellos su sagrada voz y se precipitan en el abismo.

II.

¡Cuántos encantos ha prodigado á estos sitios la liberal mano del Criador! Aquí mas que en ninguna parte está escrito con caracteres indelebles el misterioso libro de la sabiduría eterna, y aquí, ¡oh maravilla! mas que en ninguna parte es desconocida su bondad.

En estos amenos campos por dó quier cimbreaba la magestuosa palmera mecida por una brisa empapada del suave aroma de las flores. Por dó quier la azucena, amante del candor, ofrece al ambiente su divina fragancia. Por dó quier la naturaleza coronada de rosas sonrie agradecida al Eterno que con su divino soplo cria los ángeles del cielo y los mundos que cruzan la inmensidad.

III.

Es la noche. La luna se mece en una nube de púrpura y su fanal baña con luz moribunda el conjunto de torres de las ciudades corrompidas. ¡Qué espectáculo! ¡qué escena tan aterradora! esa luna, poco antes de plata, se cubre con un manto ensangrentado. ¡Ah! temblad, *réprobos*. Los profetas os señalan con el dedo este prodigio horrible y espantoso, y vosotros caéis al suelo aterrados por una fuerza sobrehumana, irresistible. Todavía un instante, y estaréis salvos de la ira del Señor. ¡La penitencia! ¡la penitencia! sino el cielo se desplomará sobre vuestras abominaciones. Mientras la naturaleza entonaba cánticos de agradecimiento al Supremo Hacedor, vosotros blasfemabais su santo nombre. Mientras la celeste Sion se humillaba á sus pies, vosotros levantando vuestro orgullo sobre las nubes queriais sentaros sobre su mismo trono.

El mundo os ofrece la dorada copa del placer, pero, ¡ay! su caliz seductor oculta negra ponzoña que embriagará vuestros sentidos para insinuar la muerte en vuestras almas. ¿No observais aquellas siniestras nubes que cual una bandada de buitres avanzan en el espacio? Temblad porque señalan la senda á vuestro destino.

IV.

En tanto en las inmortales moradas el ángel protector de Sódoma elévase al Eterno sobre una nube de perfumes. A su presencia llénanse de admiracion las Potestades celestiales. Se halla en ademán de súplica, los brazos cruzados sobre el pecho, sus párpados sombreaban sus candidas mejillas, cual dos misteriosos lirios iluminados por aquel Sol que nunca tendrá ocaso. No de otro modo vemos elevarse de lo profundo de un bosque una paloma blanca como la nieve sobre una nube de oro.

Llega por fin á los pies del Eterno abre sus labios. No

de otro modo la rosa entreabre su boton á los dulces rayos del sol. Dios de bondad, dice, ¿por ventura perecerá el justo con el impio? No, responde el Señor, manda salir de sus muros á Lot, su muger y sus hijas.

Dice el Eterno: toma el ángel una de las siete copas de la ira de Dios, inclina la cabeza y acata reverente á aquel que hizo brotar los mundos del seno de la nada.

Rueda entonces un espantoso trueno en las etéreas bóvedas, mil centellas horribles se entrecruzan en el espacio. A tal espectáculo se estremecen los *réprobos*, un formidable espanto inmuta sus semblantes, erízanse sus cabellos y su corazon acribillado por la vivora del remordimiento, apura toda la hiel de la desesperacion.

Cesa por fin la espantosa lucha de los formidables rayos; aparece en el seno de negras tinieblas un ángel cuyo semblante divino brilla con una hermosura inmortal, cual estrella que en una noche de verano describe en la oscuridad una línea de luz; empero sus estendidas alas negras dan indicios de algun funeral mensaje. Centellean en sus manos dos formidables espadas de fuego, se avanza, abre con ellas el seno de las miraculosas nubes y arden luego cual gigantes bocas de un inmenso volcan lanzando sobre las ciudades impias una lluvia de rayos. Conviértense Sódoma y Gomorra en un mar de llamas.

Dios ha mandado á Satanás salir al mundo con un espantoso escuadron de espíritus impuros, para arrebatarse de la tierra las ciudades abominables y lanzarlas en el abismo de los tormentos para escarmiento de las edades. Parecen haberse convertido en infierno dó el príncipe de las tinieblas tortura la humanidad con el eterno fuego.

Las voraces llamas consumen los miembros de los sodomitas, cual hiena nunca harta de sangre humana. La desesperacion ha anudado su voz en la garganta, y los *réprobos* han perecido con la blasfemia en sus labios.

En tanto la milagrosa lluvia produciendo mil torrentes de fuego, todo lo abrasa, todo lo aniquila. Mil lívidos esqueletos ruedan por este caos de destruccion. Desmorónase la inmensa mole de los edificios, y desaparece cual leve paja ante el justo é incontrastable soblo del Omnipotente.

V.

Al contemplar este prodigio de la justicia divina Abraham, Lot y sus hijas preparan un sacrificio al Señor que admite propicio los sinceros votos de la inocencia y de la ancianidad.

Mientras tanto el sol doraba con sus últimos rayos las mieses. Sentado sobre una nube de oro parecia el magestuoso Rey de los tiempos, fluctuando en el océano de la inmensidad.

Resuenan las sagradas bóvedas de los bosques con lúgubres cánticos, por dó quier acuden los hebreos á desarmar el brazo del Señor. En aquellos vastos desiertos solo se oyen los gemidos de la penitencia. Las dulces lágrimas del arrepentimiento bañan las trémulas mejillas de la ancianidad y las rosas de la juventud.

VI.

Ensoberbécense de su pujanza los monarcas de la tierra, y encumbrando su orgullo sobre los astros, dicen, ¿quien como nosotros? pero levanta el Señor su mano justiciera y los precipita en el abismo.—Profanaron los sodomitas la augusta casa del Señor, pero una fuerza oculta, irresistible les arrojó de su sagrado recinto.—La boca del impio lanza contra el Eterno toda la horrible ponzoña de la blasfemia, pero esta misma se vuelve contra él, é insinua la muerte en su alma. Del mismo modo se enrosca la astuta serpiente por el robusto cuerpo de un toro y con su lengua sutil introduce el mortífero veneno en sus entrañas. En vano forceja por desasirse de ella, en vano llena la selva con sus mugidos, al fin cae ecsángüe en el polvo que despreciaba poco antes.

PEDRO TRIAS.

A mi Espíritu.

Oh Dios! que con un soplo el mar criaste,
Y diste ser al sol con tu mirada,
Y es la luz el reflejo que dejaste
Y dió por polvo estrellas tu pisada.

Tu voluntad tambien la tierra hiciera
¿Qué te faltaba entonces oh Señor?
Un ser que estos favores conociera
Para despues pagarte con su amor.

Criaste un alma bella, un cuerpo puro:
Y el libro de tu ley le dió tu mano,
Pero su brazo trémulo é inseguro:
Arrojó tu decreto soberano.

Era culpable y sobre su cabeza
De tu justicia el peso descargaste,
Su espíritu á domar le sujetaste
Y sintió del pecado la tristeza.

Y nosotros sus hijos desdichados
Nacemos con su culpa y su castigo,
De constantes placeres despojados
Dolor teniendo solo por abrigo.

Y un invisible espíritu clamando
Se agita en nuestro pecho sin cesar
Cual si dijera en tu corazon mando
Y con mi brazo fuerte has de luchar.

Y le siente la jóven doncellita
Todo su sér en celos convirtiendo,
Mientras su tierno pecho le palpita
Y el amoroso fuego está sufriendo.

Y atormenta los sueños del guerrero
Que un campo de batalla vé en su lecho
O morir ó vencer clama su pecho:
Creyendo pelear con duro acero.

Yo le siento tambien aunque invisible
Cual un veneno enturbia mis sentidos:
Su voz es alarmante, dura, horrible,
Y fuertes y continuos sus aullidos.

Díme espíritu, que es lo que divisas
Cuando me haces correr desalentada
¿De un triste porvenir quizá me avisas?
¿O de la muerte ves la cruel mirada?

No sé lo que á tu vista se presenta
Cuando mortal tristeza te domina,
¡Ay! que mi débil mente no lo atina
Si adivinarlo alguna vez intenta.

¿Tienes ojos quizá que ven al cielo?
O el estar en mi cuerpo te fastidia?
¿Tienes al verte acaso en este suelo
A celestés espíritus envidia?

Yo siento que en mi pecho estás inquieto
Quiero verte un momento un solo instante
Ya que de tu crueldad siento el aprieto
Sepa de que color es tu semblante.

Algun dia saldrás del cuerpo mio
Tú le verás mas él no podrá verte,
Ay! todo su sentido estará frio
Y acabará su vida al no tenerte.

Y tú dirás quizá «Llegó el momento
En que te dejo carga insoportable

Ya se acabó del todo mi tormento
De ti me alejo ó carcel miserable.

Voyme veloce ya por entre nubes
Regiones inmortales voy cruzando
En sus alas me llevan los querubes
Y el mismo eterno Dios me está llamando.

Un idioma celeste pronuncio
La dulzura del aire me enagena
Con placer de la tierra me desvio
Y no recuerdo ya lo que es la pena.

Mas ay! que en vano, en vano de delicias
Un ilusorio campo te presento,
Si tu ignoras del gozo las caricias
Y mas y mas sensible es tu lamento.»

Enero 1845.

VICTORIA PEÑA.

BIBLIOGRAFIA.

El libro de las niñas, por D. Joaquin Rubió y Ors, individuo de la Academia de Buenas Letras y de la Sociedad filomática de Barcelona, socio corresponsal de la Arqueológica Tarragonense y director de la *Biblioteca Católica* que se publica en aquella ciudad, aprobado por la censura eclesiástica, y recomendado como útil á la enseñanza del bello sexo por las Comisiones provinciales de Barcelona y de estas islas Baleares. Un tomo en 8.º regular. Véndese á 8 sueldos mallorquines y á 5 reales vn. tomando mas de seis ejemplares en las librerías de Guasp, calle de Morey en la de Gelabert, plaza de Cort, y de los hermanos Rullan, plaza de id.

En la misma librería de Rullan, hermanos, se venden.

Compendio del Arte poético por el Licenciado M. Mila y Fontanals, substituto de la cátedra de Literatura de la Universidad de Barcelona. Un tomo 8.º á 8 rs.

Diccionari catalá-castellá llatí-frances-italiá. Per una societat de catalans. 2 tomos abultados 4.º rústica á 120 rs.

La Noya fugitiva, romans escrit en dialecte milanés y en octaves reals per Tomas Grossi, y traduhit en lo mateix metro y en dialecte catalá per Joan Cortada. = 4.º rústica á 4 reales vn.

No podemos menos de trasladar á continuacion algunas octavas que tomamos de la primera parte de este romance, para dar una idea del sentimiento que respiran sus versos.

4.

¡Olvidar taut amor! ¡Com ho puch dir!
No creguí mare, no, que l'he olvidat.
¡Si sabés tot quant jo he degut sufrir,
Las penas y treballs que m'han passat!
Si fins ara he callat, ans de morir
Ho ha de saber, vuy dir com es estat.
Sentias demunt del lilit, al raconet,
Si, li prometo, parlaré apleret.

5.

No tingua por, de tot daré rahó,
Sens alterar-me gens li contaré:
Deixem parlar, y assentias al cantó
Si m'puch desahogar m'adobaré;
Aixis... donguiam la ma, hi faré un pató.
¡Ma beneida....! Si, m' consolaré
Tocantla, y me daré mes esperit
Per dirli los treballs que so patit.